

CAPITALISMO INTERNACIONAL E IGLESIA LATINOAMERICANA RESIGNACION O LIBERACION

MIKEL MUNARRIZ

IMPERIALISMO Y DEPENDENCIA

Los problemas sociales, económicos y políticos que se viven y sufren en Latinoamérica, nacen y se desarrollan dentro de y causados por un sistema social determinado. Es toda una "cultura" como complejo de relaciones sociales caracterizadas por un determinado modo de acceso a los modos de producción que condicionan en alto grado el quehacer de las instituciones sociales y que crea sus propios mitos e ideologías sustentadoras. Este sistema tiene un nombre: capitalismo. No un capitalismo cualquiera, sino un capitalismo dependiente. América Latina está inmersa en un sistema económico político de carácter mundial controlado y dirigido por los Estados Unidos. Nuestras relaciones con los países del centro del sistema no son de simple interdependencia, sino de dependencia.

Sería ciertamente una ingenuidad pretender explicar todas y cada una de las formas de miseria, de opresión y de explotación que viven nuestros pueblos, como derivadas directas e inmediatamente de los fenómenos de la dependencia. Pero es una ingenuidad aun mayor olvidarse de que el atraso y la miseria colectiva, el subdesarrollo y las injusticias, incluso, a pesar de su relativa autonomía, las formaciones políticas, tienen mucho que ver con el neocolonialismo. Los cambios radicales y audaces que anhelan y necesitan nuestros pueblos, tienen que pasar por la conquista de una nueva independencia frente al capitalismo internacional, frente a la voracidad de las transnacionales y de sus socios locales, frente a los Estados Unidos y su CIA.

Porque el Capitalismo seguirá siempre buscando el lucro mayor, la reproducción ampliada del capital. Eso es algo que pertenece a su esencia. Y no va a caer por sí solo, no se va a hundir. Si algo ha demostrado este sistema es su infinita capacidad para superar sus crisis periódicas mediante reordenamientos de los diversos sectores de la burguesía, mediante nuevas formas de acumulación y por tanto, de

dominación del trabajo por el capital, mediante la búsqueda y creación de nuevos mercados que den salida a la producción.

INDUSTRIALIZACION DE AMERICA LATINA

América Latina comenzó a industrializarse, en muy pequeña escala, cuando las grandes crisis del capitalismo mundial entre 1914 y 1939, hicieron escasear una serie de productos que anteriormente importábamos. Pero es sobre todo durante los períodos de las dos grandes guerras mundiales, cuando nuestras materias primas, particularmente minerales estratégicos y productos agropecuarios, alcanzan elevados precios en el mercado mundial, que se logra una acumulación que puede invertirse en crear industrias. Son los años cuando se piensa que la industrialización nos va a permitir dar alcance a los países desarrollados.

Pero no estábamos solos. Por el mismo tiempo el capitalismo había entrado en una nueva fase de su historia. La hegemonía indiscutible, dentro del sistema, de los Estados Unidos, trajo como consecuencia que el capitalismo comenzó a operar, a nivel mundial, bajo un mando político unificado. El conflicto armado mundial no había afectado el territorio y las instalaciones de los Estados Unidos, contra lo sucedido a los demás países que participaron en la conflagración. Al contrario, lo había impulsado a implementar un aparato industrial y militar que le permitió poner las bases y mantener un crecimiento sostenido de industrias como la aeronáutica, la automotriz y la aeroespacial, que le dieron absoluta superioridad sobre los países de economía capitalista.

Estados Unidos organiza la economía internacional capitalista restableciendo el funcionamiento del mercado internacional que asegura la colocación de los excedentes que era capaz de producir. Al mismo tiempo se crean organismos como el FMI (Fondo Monetario Internacional) que logrará centralizar enormes sumas de capital-dinero, naciendo así los primeros

consorcios financieros al servicio de la reproducción de un capital internacional. La expansión de este capital sobre Europa, para ayudar a la reconstrucción, y sobre América Latina en los planes de "ayuda mutua", determinó una aún mayor internacionalización del capital financiero controlado por los Estados Unidos. (1)

Es al interior de este proceso mundial de la economía capitalista, donde se desarrolla en América Latina, la intensificación de la industrialización. En las etapas más incipientes del proceso, se trabaja con una relativa autonomía. El capital procede fundamentalmente de la sobreexplotación del agro y del traspaso de los excedentes de este sector al industrial, lo que creará una distorsión en nuestras economías del que todavía no hemos salido. (2). Pero muy pronto comenzó la entrada del capital norteamericano. En las industrias de exportación de materias primas, "de crecimiento hacia fuera", porque de ellos dependía el mercado internacional. En las productoras de bienes de consumo directo, porque prometían mayores ganancias que en su país de origen, dada la menor organización de la clase trabajadora. Se pensaba que era necesario industrializarse a "cualquier precio" y se abrieron las puertas al capital extranjero. El precio fue demasiado alto, ya que los saldos netos del capital fueron muy pronto desfavorables para América Latina.

El capital extranjero no solo obtuvo ganancias. Su cantidad, su dominio de los mercados, su poder tecnológico, le fue dando cada vez más poder de decisión. Mientras todavía se creía que el nacionalismo de la clase empresarial sería capaz de orientar la industrialización en favor de los intereses nacionales, ya los verdaderos directores estaban más allá de nuestras fronteras.

Es la época de los Estados "populistas". El pueblo obrero, generalmente con poca conciencia de clase, lo espera todo del Estado nacionalista que fomenta la industrialización. El Estado se alía con las burguesías nacionales para realizar esa in-

dustrialización. Y él mismo se hace empresario: debido a la necesidad de implementar las obras de "infraestructura" que la industria privada necesita (3), el estado se hace el gran empleador de las masas desocupadas, y aumenta desmedidamente la burocracia. El estado crea una serie de medidas proteccionistas sobre la pequeña y mediana industria, que les permiten funcionar gananciosamente y que, de paso, contribuyen a cerrar las fronteras de nuestros países a los productos manufacturados en Latinoamérica. De todas maneras son Estados que cuentan con una base social amplia, ya que son apoyados por las burguesías nacionalistas (en conflicto con las terratenientes tradicionales), por los sectores populistas del pueblo trabajador y por todos los que encuentran trabajo en las burocracias y obras de infraestructura.

MAYOR DEPENDENCIA

Durante el desarrollo de esta etapa latinoamericana de industrialización, el capitalismo internacional ya intensificando el crecimiento sostenido, acentuando sus tendencias concentradoras y monopolísticas. Las firmas transnacionales van dominando cada vez más las finanzas, la producción y la comercialización de todos los productos.

Nuestras industrias exportadoras sufren el impacto del deterioro creciente de los términos de intercambio: lo que importamos cuesta cada vez más, mientras que lo que exportamos es cada vez más barato. La solución solo se encuentra en acudir a mayor financiación internacional y mediante ella mejorar la tecnología, también internacional. Nos hacemos de nuevo más dependientes. Las industrias manufactureras, no cuentan con suficientes mercados al interior de nuestros países. Deben exportar a un mercado dominado por el capital internacional. También ellas acuden al capital extranjero: si tiene intereses en nuestras industrias, tendrá intereses en la venta de nuestros productos. Y se consigue que el capital internacional tenga intereses en lo nuestro: demasiados intereses. Se aumenta la dependencia. Solo quedarán en manos nacionales las exportaciones más vulnerables en los precios o más perecibles, mientras que el capital extranjero domina las industrias "punta" y las exportaciones de materias estratégicas (hierro, cobre, petróleo. . .).

A través del capital internacional que domina nuestras industrias, la acumulación de capital generado en nuestros países centrales. La lógica que se impone es la lógica del capitalismo. No la lógica de los intereses nacionales.

Las industrias más dinámicas importan tecnologías sofisticadas que desplazan mano de obra, contribuyendo así a aumentar el fenómeno del desempleo y del

subempleo. Se producen artículos que sirven de "diferenciantes" al lujo de las clases altas y se exacerba el consumismo de las clases medias. El pueblo sencillo que compra cosas sencillas y que no es buen mercado, no entra en los planes del capital. Se produce así al interior de nuestros países el fenómeno del "desarrollo desigual": mientras grupos menores alcanzan o superan los niveles de vida de las naciones desarrolladas, las grandes mayorías quedan al margen de la participación de los bienes y servicios de la sociedad, en su miseria de siempre; ahora más dura, porque contrasta con el lujo de los otros.

En esta situación, los Estados pierden base de sustentación social. El nacionalismo cada vez más retórico, no llena las aspiraciones del pueblo trabajador que va tomando conciencia y organizándose. El campesinado, fuertemente afectado por el continuo saqueo del excedente agrario en favor de la industria, se va transformando en subproletariado de las grandes urbes o en pobres sin esperanza. Su situación de "miseria no merecida" le hace tomar conciencia y se organizan movimientos campesinos. La burguesía está dividida en sectores en pugna: de un lado la tradicional agroexportadora, que ve mermados sus privilegios en favor de la burguesía industrial, que también está dividida entre los que se han hecho más socios del capital internacional y marchan hacia los monopolios y los más nacionalistas que intentan conservar sus propios mercados.

Quienes habían pensado que la industrialización nos traería una economía nacionalista y desde ahí una mayor democracia política y económica, se encuentran con una economía dominada que no tiene en cuenta los intereses de la nación, con mayores diferencias sociales y con una democracia debilitada. En esta situación, el Imperio acude en ayuda de sus socios. La Alianza para el progreso. Integración latinoamericana: así las empresas de capital internacional que son las únicas suficientemente fuertes para ello, lograrán vender sus productos en mayores mercados. Más industrialización, renovada, mejorada, gracias a la inyección de nuevos capitales norteamericanos. En el fondo, otra vez, mayor dependencia.

CRISIS MUNDIAL

Los fenómenos anteriormente descritos que configuran la consolidación de nuestra dependencia económica de los Estados Unidos, se dieron en un marco concreto. Por una parte, nuestros países viven situaciones políticas relativamente estables o en marcha hacia una, al menos aparente, estabilización. Al mismo tiempo el sistema económico mundial se encontraba en un largo período de bonanza de expansión y desarrollo sostenidos

que permitieron la consolidación de las empresas transnacionales.

Pero el deterioro de la base social del estado y la agudización de las diferencias sociales desestabilizan la situación de nuestros países. De hecho el capital internacional ha logrado que los estados sean burgueses y vayan siendo cada vez menos populares. A partir de 1976 comienza para el capitalismo internacional un nuevo período de crisis. El sueño del progreso indefinido, choca con la realidad de la limitación de los recursos del planeta y se comienza a caer en la cuenta que la industrialización desenfrenada está produciendo un deterioro irreversible de la naturaleza. Comienza la crisis monetaria por exceso de liquidez y por las fluctuaciones del valor de las monedas que llevan a la especulación a escala internacional. Los países del Tercer Mundo han llegado a un grado tal de endeudamiento, que deben acudir a refinanciar su deuda, ya que una situación de quiebra haría tambalear todo el edificio de la economía internacional. En estas condiciones no pueden mantener un desarrollo sostenido, porque sus excedentes se consumen casi totalmente en el pago de intereses y royalties. La crisis es también de mercados: cada vez es más real el agotamiento de la demanda efectiva. Por primera vez aparecen juntos los fenómenos de inflación y recesión y las medidas clásicas de los economistas, de alcance nacional, no logran afectar a las empresas multinacionales. Se trabaja desaprovechando la capacidad industrial instalada, tanto en los países del centro, como en los de la periferia. En nuestros países la crisis desestabiliza aún más la sociedad: descontento creciente, ineficacia de los estados, problemas laborales, paro y pobreza generalizada, sin más respuesta que un crecimiento de la represión. (4)

TRANSFORMACIONES

Lo característico de la crisis actual es que es mundial. Los expertos señalan que alcanzará su punto álgido hacia 1980. El capitalismo internacional, toma medidas para conjurarla.

Esta crisis afecta a un tipo concreto de capitalismo, al que se había desarrollado durante el largo período que va desde 1946 y 1967, bajo la égida política de los Estados Unidos. Es un capitalismo en el que los altos progresos de la ciencia y de la técnica se aplican a la creación de nuevas industrias, más sofisticadas y productivas que las anteriores, que dejan de ser estratégicas. Se ha pasado de la competencia entre empresas nacionales al monopolio internacional de las transnacionales; las fricciones entre los diversos sectores del capital se dan ahora entre las transnacionales extractivas de materias primas y las manufacturas: las primeras necesitan



asegurarse el control sobre los países exportadores y la mano de obra barata, mientras que las segundas necesitan ampliar mercados donde colocar sus productos. Junto a estas empresas, se ha transnacionalizado también el capital financiero; el capital financiero y el capital industrial articulados entre sí, tienen capacidad para actuar a nivel mundial, casi sin la necesidad del apoyo político de una nación, de un Estado que podría intentar planificar la economía de acuerdo a una racionalidad distinta a la del gran capital.

Todos estos factores crean una crisis que no es momentánea ni tiene solución a pequeño o mediano plazo. El sistema capitalista internacional necesita una transformación que le permita una nueva etapa de expansión a nivel mundial.

Para esta transformación los centros de poder del capital mundial, necesitan más que nunca consolidar la dependencia del Tercer Mundo. Nuestros países son necesarios para implantar en ellos esas industrias menos estratégicas, con una relativa mayor incidencia económica de la mano de obra, más sucias (5).

Quedarán bien atadas al capital internacional que se reserva el avance tecnológico, el mercadeo y la financiación. No se montan según las necesidades de los mercados nacionales, sino para el mercado internacional. Por otra parte, nuestros países deben ser bien sujetados, para que las materias primas queden en las manos de las organizaciones transnacionales que sean capaces de obtener de ellas las mayores ganancias.

Los planes de transformación del capitalismo internacional ya están en marcha. Todavía con diversas tendencias directivas, como veremos más adelante, pero con fuerte agresividad. El sector más obsoleto de nuestras economías, el agrario, debe ser redimensionado mediante la implantación de agro-industria, que por su emplazamiento y modo de producción proletarizarán aceleradamente al sector campesino; incidiendo en desplazamientos y emigraciones y generando paro en zonas del sector. Se reducirán los gastos de los gobiernos, creando desempleo en

muchas de las clases medias a las que hoy día, directa o indirectamente, emplea. También se verán afectados por este fenómeno de paro los empleados de las pequeñas y medianas industrias para el consumo interno que no produzcan para el mercado internacional.

Todos estos cambios tendrán efectos políticos. La superación de los proteccionismos estatales a las industrias no productivas para el mercado internacional y las dificultades crecientes de sus empresarios, los colocará en otra postura frente a los Estados burgueses, que también les golpearán al suprimir aranceles para favorecer la industria más dinámica. Se agudizarán las tensiones entre las clases populares sometidas a una sobreexplotación. Desprovistos los Estados de sus actuales bases sociales, se apoyarán cada vez más en los grupos empresariales productores de insumos para el comercio internacional y a través de ellos, en el capital internacional, naciendo así nuevas formas de dependencia más fuertes que las anteriores y más represivas.

EL PROYECTO DE LA TRILATERAL Y AMERICA LATINA

Existen todavía intereses encontrados en las capas dirigentes del capitalismo internacional. De un lado están los grupos, fundamentalmente formados por las transnacionales extractivas y sus socios, que intentan mantener a todo costo la hegemonía directiva de los Estados Unidos característica de los dos decenios anteriores. Es lo que pretendió la política internacional de Kissinger durante el anterior presidente. Pero mayor fuerza tiene otro grupo reunido en la TRILATERAL (6) que conserva el poder político para los Estados Unidos, mientras que la decisión económica se reparte en los tres grandes centros del mundo industrializado, Estados Unidos, Europa Oriental y el Japón. Esta tendencia tiene interés en crear una ideología que permita agudizar la división internacional del trabajo incluyendo nuevos socios que serían aquellos países a los que se desplazarían la industria secunda-

ria y los productores de materias primas estratégicas. Para ello es necesario "lavar la cara de la democracia", acreditarla de nuevo. De ahí las campañas en pro de los Derechos Humanos de Carter y el apoyo a nuevos regímenes civilistas.

Pero no nos engañemos. La nueva industrialización nos hará aún más dependientes en todo. Y las "nuevas democracias" son democracias con adjetivo (democracias tuteladas, restringidas, parciales) como las que ya están implementando en los países del Cono Sur. . . En el fondo, democracias capaces de mantener una represión de las clases trabajadoras, de no ser nacionalistas, ni reclamar la formación de sus mercados internos y de producir según las necesidades de su población. . .

¿CUAL INDUSTRIALIZACION?

Que la industrialización sea necesaria para el desarrollo, nadie lo niega. Pero que cualquier tipo de industrialización pueda producir un desarrollo auténtico, un desarrollo para "todo el hombre y todos los hombres", es falso. Lo que nuestros pueblos necesitan es una industrialización planificada y autofinanciada con la acumulación centrada en los propios países y no fuera de ellos. ¿Se puede dar ese estilo de industrialización en un capitalismo dependiente?. En América Latina no se ha dado. Y los planes que tiene el Capitalismo internacional para nuestros países, son contrarios a ese tipo de desarrollo.

IGLESIA E INDUSTRIALIZACION

El fenómeno de la industrialización le interesa a la Iglesia. Ella no tiene ni puede tener competencia técnica ni proyectos propios en este campo. Pero sabe y debe saber que los pueblos latinoamericanos padecen el subdesarrollo y que eso trae hambre, injusticia, falta de participación, dominaciones de unos hombres sobre otros hombre, privilegios. Y eso está reñido con el Reino de Dios de la que es "signo e instrumento".

De hecho el Documento de Consulta para las Conferencias Episcopales preparado por el CELAM para la Conferencia de Puebla (7) se interesa hasta tal punto en este problema que lo hace una de las claves interpretativas del estudio que propone. Y eso no como de paso o sin darse cuenta, sino para "precisar" a Medellín. Donde los Obispos latinoamericanos, en el 68, veían injusticias y anhelos de justicia, dependencia y dominación y marcha liberadora, los teóricos del CELAM ven falta de industrialización (8), simple "pase" de una cultura urbano-agraria, a una urbano-industrial. Lo demás, las injusticias, las violaciones de los derechos humanos, la marginalización, los privilegios, aparecen como "árboles que no nos dejan

ver el bosque" (9). Las luchas de la humanidad por una mejor convivencia no tendrían importancia. Las grandes "revoluciones" de la humanidad, solo son dos, la agraria y la industrial. Otras cosas, el tipo de relación social que engendra cada sistema, vendría dado automáticamente desde la producción de mayor cantidad de bienes o, a lo más, desde la iluminación que traería a los sistemas su relación al Dios trascendente.

Por eso el Documento señala como problema fundamental la industrialización. La contradicción no se da al interior de la sociedad; es la sociedad entera la que pasa de una época a otra. Industrializarse es el desafío para toda la sociedad y las diferencias han de subordinarse a la necesidad de encarar unidos el problema del desarrollo.

Da la sensación de que el Documento de Consulta contempla la industrialización "tal como se está dando" como un fenómeno irreversible y que se preocupa de encontrar un lugar para la Iglesia en la nueva civilización. Otro tipo, otro estilo de industrialización, ni se lo plantea el Documento. Tal como aparece, no es más que una legitimación de lo actual, con tal de que se corrijan sus "excesos". Si no se señalan específicamente los excesos de dominación y deterioro de las relaciones sociales que el proyecto de la Trilateral nos ha de traer, parece que casi se pacta con ella. O por lo menos que se la acoge resignadamente.

Y no es que el Documento no vea los efectos que ha producido la actual industrialización latinoamericana. Señala que no se ha dado redistribución del ingreso, incluso crecimiento de la mala distribución para aumentar las brechas entre ricos y pobres. Afirma que las "reformas" de estructuras (Medellín hablaba de "cambios") han sido insuficientes (10). Más aún: en su "doctrina Social" encuentra elementos que le permitirán juzgar los hechos que señala. La ideología liberal "difícilmente acepta una legislación social, el derecho sindical. . . rompe los lazos con el trabajador, trata de someterlo a la ley de la competencia que reduce su salario en función de la ganancia" (11). Hasta se da cuenta de que "la clase social, esto es la situación en las relaciones de producción, condiciona —incluso en forma inconsciente— los juicios y las conductas". Pero el juicio que se hace de la situación, aunque se señalen sus excesos y la falta de correctivos que no se han aplicado "todavía", aparece como positivo. "En términos cuantitativos ciertamente ha habido un progreso durante estos diez últimos años" que "fue posible gracias a los altos niveles de inversión bruta" y a "una mejor planificación y esfuerzo empresarial". Casi no importa que los grupos empresariales

"han aumentado su poder. . . y su influencia en el manejo de la cosa pública ha aumentado en los últimos años" (12) ni que las grandes ventajas alcanzadas y el control de las finanzas los separen "del resto de la población".

A pesar de todo eso, el documento insistirá en recomendarnos la industrialización sin determinar su estilo (13). ¿Ingenuidad o resignación?

¿UNA ALTERNATIVA?

Naturalmente los redactores del Documento de Consulta no se pueden quedar ahí. Van a proponer una alternativa. Nada menos que una NUEVA CIVILIZACIÓN. Será una cultura técnica e industrial, pero no atea o secularista como los son las actualmente existentes. Será una sociedad que será más humana, más libre y más justa porque está controlada por "una instancia trascendente que juzga las conductas" (14). Mediante el recurso a esa instancia trascendente, el sistema capitalista, que no el colectivista, llevaría a cabo las reformas necesarias para que surgiera la nueva sociedad. Los hombre-con-Dios serán los hombres nuevos que crearán voluntarísticamente las nuevas estructuras. ¿Idealismo o ingenuidad?

Porque la nueva sociedad tiene gran parecido con las propuestas moralistas de Carter, con su defensa de los Derechos Humanos y sus ataques a los regímenes militaristas. Contra lo que pudiera parecer esta coincidencia con la Trilateral que aparece en el Documento de Consulta, no le viene, como aquella de su lógica capitalista. Le viene de su propia lógica. Es que todo otro camino; el de Medellín, por ejemplo, para la Iglesia, o el de una sociedad autogestionaria para la sociedad civil,

desestabilizan, ponen en crisis a la sociedad existente y a sus instituciones. También a la Institución eclesial tal como de hecho se da hoy. Y ese cuestionamiento es el que no admiten los autores del Documento. Apesar de señalar la necesidad de reformas en la Iglesia, mantienen la necesidad de la Iglesia tal como es. Ella es la única capaz de crear, mediante la evangelización, la relación con el Transcendente que cambiaría la sociedad, que daría paso a la nueva civilización. Para el cambio es necesaria la Iglesia. Y para que la Iglesia pueda seguir tal como es, es necesaria la sociedad tal como es aunque "reformada".

El Documento se basaría en el radical sustrato católico del continente. Pueblo e Iglesia ligados por la religiosidad popular serían los sujetos privilegiados de la identidad latinoamericana. De ahí que la Institución eclesial se presente como la gran palanca para edificar la nueva civilización. La nueva unión de la Jerarquía con el Pueblo (religiosidad popular) sería la fuerza de negociación de los Obispos con los estados modernos, para tener un puesto rector en la sociedad tecnocrática.

Desde esta sacralización de la Institución eclesial no se percibe en toda su dureza la lógica del sistema capitalista. No se percibe que en una sociedad cuyo motor es el lucro, no cabe una Iglesia que predique al Dios de la Biblia y no simplemente a un teísmo vacío. En la sociedad capitalista no hay lugar para el Evangelio.

Se repite el esquema del sueño reformista de los estados desarrollistas. ¿El despertar?. El mismo que tuvieron ellos: dependencia cada vez mayor. Una Iglesia que oficia la religión del sistema, pero no una Iglesia al servicio del Evangelio. ●

(1) En 1945 EE.UU. tenía el 59% de las reservas mundiales de oro; para 1948 ya alcanzaba al 72%. Entre 1949 y 1968, la cantidad de dólares-billete que circulaban en el exterior, pasaron de 6.4 a 33.7 millones.

(2) Casi todos los países de América Latina, incluso los de economía predominantemente agraria, se ven obligados a importar alimentos de origen vegetal o animal.

(3) Los costos sociales de la propiedad privada de los medios de producción que se han visto obligados a solventar nuestros Estados o las clases populares, han sido enormes: construcción de infraestructura, viviendas, escuelas, hospitales, polución. . .

(4) No son los países productores de petróleo ni la OPEP, los causantes de la crisis como pretende el capitalismo. La crisis se daba casi necesariamente aun sin el aumento de los precios de petróleo que, por otra parte, han beneficiado sobre todo a las transnacionales encargadas de su comercialización.

(5) Hoy día se denominan industrias "sucias" aquellas que conllevan a un alto grado de polución ambiental. Los países más industrializados han señalado una serie de medidas de purificación de humos, aguas, etc. que elevan los costos de producción, mientras que en los países del Tercer Mundo, por la necesidad de industrialización aún se admiten, a veces hasta con agradecimiento, las industrias contaminantes.

(6) Sobre la TRILATERAL y la política de Carter Cfr. SIC n. 393, págs. 108-111.

(7) A propósito de los términos "Medellín", "Puebla", CELAM, etc., ver el Editorial de esta misma edición de SIC Pág. 105.

(8) ". . . así la industrialización y urbanización son etapa sin duda irreversible en el desarrollo de las sociedades humanas", y *passim*.

(9) n. 221 del Documento de Consulta. Ver también el n. 226.

(10) *Ibid.* na. 140-153 y 162 y *sgtes.*

(11) *Ibid.* n. 763.

(12) *Ibid.* ns. 135 y *sgtes.* y 183-184.

(13) *Ibid.* n. 243 y *passim*.

(14) *Ibid.* n. 782.